

Presentación

Unas breves palabras sobre el origen de este proyecto que hoy alcanza concreción, son ciertamente necesarias para que nuestro lector se haga una composición del lugar, del tiempo, y de los actores que participan.

La concepción de elaborar un número de *Tópicos del Seminario* dedicado al tema que hoy nos reúne surgió de la escritura y de la lectura, realizadas por los presentes editores, de una entrega anterior que llevaba por título "La percepción puesta en discurso". El logro de ese trabajo colectivo fue el mostrar lo que faltaba, lo que había que hacer después y a partir de allí. Y, necesariamente, dado que los primeros esbozos ya estaban trazados, lo que tendría que seguir era una reflexión sobre las relaciones entre percepción y enunciación. Pero sobre el primer término se había hecho ya con ese dossier un primer avance, mientras que, en la breve historia de *Tópicos*, con el segundo, aún ninguno. Focalizando, entonces, la problemática de la enunciación, se trataba de hacerlo desde la perspectiva, no de la percepción misma, sino de lo que está implícito en ella, es decir, lo sensible.

La convocatoria y sus respuestas

Debemos admitir, puesto que se hace evidente en la lectura global, que la convocatoria para este número era ya en sí misma una afirmación —como si de una realidad dada se tratara— más

que el planteamiento de una indagación. Los autores han sido menos afirmativos y han comenzado por hacerse preguntas, por tratar de encontrar dentro de la propia teoría de la enunciación cuáles son las bases que podrían dar pie para proyectar una instancia lógica hacia el ámbito de lo sensible. Y he ahí lo que encontramos como la mayor riqueza de este conjunto de reflexiones: la respuesta a nuestro postulado ha tomado el tono de una desaceleración en el ritmo de las proposiciones. En efecto, cada investigador se ha nutrido de los clásicos de la lingüística, de la semiótica y de la filosofía, y ha buscado en su propia experiencia como analista del discurso y de los textos, las argumentaciones posibles para sostener epistemológicamente y en las confrontaciones de la práctica, la positividad de nuestro llamado. Y he ahí la mejor confirmación: que lo sensible es un componente de la enunciación y, por lo tanto, de la puesta en discurso, es un hecho que se comprueba en el tratamiento mismo de los textos. Por otro lado, todos los autores de este dossier y antes de su participación en él, han llegado a ello en algún momento del decurso de sus trabajos. De manera que ésta era una problemática que estaba ya en circulación, sólo faltaba formularla de algún modo.

Ahora bien, que lo sensible no sólo sea un componente y adquiera el estatuto de presupuesto es lo que hace falta todavía esmerilar.

Las líneas trazadas

En la diversidad de las materias, el arte de la degustación, el discurso ensayístico-filosófico, la literatura, la imagen (sea pintura, dibujo o fotografía), que han servido de soporte a los análisis y reflexiones aquí vertidas, encontramos ciertas coincidencias entre los autores: la consideración de la enunciación en su calidad de acto, propiciadora de la dinamicidad del discurso; la puesta entre paréntesis del sujeto-ego, receptor o productor, lo cual conlleva también una suspensión de la noción de objeto,

con el fin de repensar lo transpersonal, la alteridad y lo colectivo desde una nueva óptica: la que impone el cuerpo sintiente. Ya sea el cuerpo que gusta deleitándose, el cuerpo que sufre, el cuerpo como un lugar epifánico, para usar un término debido a Luiz Tatit, de la experiencia vital, etc. pero en todo caso la referencia al cuerpo ha sido un lugar común en este conjunto de artículos.

Podríamos decir que estas coincidencias son casuales, en el sentido en que nadie las sugirió, pero lógicas y explicables, si pensamos que hay un estado de la teoría que se pone de manifiesto tan pronto como alguien en algún lugar actualiza esas variables en consonancia. Considérese que este trabajo en equipo ha comprometido a investigadores de distintas latitudes y que ellos han contribuido al conocimiento científico desde cuatro lenguas diferentes, claro está, en el suelo común de la latitud y desde el cual el español ha echado un manto homogeneizante gracias a la excelente tarea de los traductores.

Es cierto, sin embargo, que esas coincidencias no significan coherencia teórica, la cual, como bien señala Denis Bertrand, parece más bien estar puesta en riesgo. La teoría misma parece responder que poco importa, que la proliferación estaba prevista.

Y dicho esto, surge otro rasgo común: la esquematización en este número monográfico es pobre, los análisis son poco formales o están apenas comenzados y no hay tampoco propuestas de modelos ni de métodos. Es decir, es el aliento especulativo que siempre gravita en la teoría el que ha ganado esta vez la partida.

El orden que le hemos dado a los artículos responde a un criterio que va desde abrir el número con aquellos trabajos que plantean más bien la cuestión general y conceptual, como los de Jean-François Bordron y Denis Bertrand, hasta cerrarlo con el artículo de Pierre Ouellet que recoge la problemática en una ética y una estética, o al menos la exigencia de verla desde allí. En el espacio intermedio hemos dado lugar a los artículos con un acento más analítico y particularizante, así también hemos

repetido el mismo parámetro y así van el de Luisa Ruiz Moreno, Luiz Tatit, Luis Moros, y el de Gianfranco Marrone.

La presencia y la desaparición de la persona subjetiva

Las diferentes contribuciones se esfuerzan por articular lo sensible y la enunciación, y convergen, como se ha señalado, en un buen número de puntos, pero particularmente en la articulación del cuerpo sensible y en la formación de un “campo de presencia”, organizado alrededor de un pequeño grupo de categorías: la intensidad y la extensión, la sustancia y la materia, la energía y el tiempo, la modalidad, la persona y sus coordenadas espacio-temporales. De aquí se desprende una representación globalmente homogénea de funcionamientos enunciativos, fundada en la coincidencia, y la regulación de esta coincidencia, entre las formas del campo, entre axiologías, entre fuerzas y entre “mundos” enunciables.

Benveniste, en su teoría de la enunciación, introdujo un cierto número de propiedades, inspiradas directamente en el modelo de las lenguas indoeuropeas, que aquí son discutidas: 1) la centralización en el *ego*, 2) la unicidad del “sujeto” de enunciación, 3) la propia subjetividad de la enunciación, 4) la separación entre el aparato formal y la sustancia afectiva y energética de lo semántico (reunidos aquí en el “campo de presencia”). Una de las virtudes del análisis en el nivel de los “conjuntos significantes”, y una de las fuerzas del discurso, aunque inscrito en los límites y las obligaciones de una lengua, es la de sobrepasarlos, ponerlos en crisis, tratar de reemplazarlos por otros, en suma, explorar todas las posibilidades de la semiosis.

Para tratar las relaciones entre percepción y enunciación, Jean-François Bordron parte del principio según el cual el lenguaje precede a la forma de lo percibido, es parte de los “pre-requisitos” de toda percepción y recíprocamente, toda percepción está destinada, de una u otra manera, a ser dicha. El momento crucial que les sería común es el de la “toma de consistencia”,

toma de una forma: cualesquiera que sean los elementos que el acto perceptivo o enunciativo deba reunir, esta reunión sólo es eficiente si “toma forma”, es decir, si produce una forma estable e identificable, si adquiere, en suma, una cierta calidad de presencia. Así, en el estudio que propone sobre un corpus de degustación del vino, se esfuerza por demostrar en qué aspectos ambos actos se interpenetran, logrando un resultado comparable al de Gianfranco Marrone (*infra*): la percepción esquematiza una sintaxis figurativa y un “campo de presencia”, de tal manera que logra, en este caso particular, un “equilibrio” entre las propiedades gustativas, olfativas y visuales; esquematiza las intensidades, cantidades, sustancias, relaciones y modalidades. Realizando este hecho, constituye los parámetros del campo del discurso. Esta esquematización conlleva en el corpus estudiado cuatro momentos esenciales: el de la indicialización de la presencia, el de la subdivisión y el de la pluralización, el de la estabilización de la forma (la iconización), y el de su acabado aspectual. Lo esencial de la demostración descansa en la conversión de las categorías peircianas (especialmente el índice y el icono) en una sintaxis enunciativa de la “toma” de forma, aprehendida en el momento en que la focalización del acto enunciativo cubre la aprehensión perceptiva.

Denis Bertrand explora más particularmente la dimensión de la persona, en relación con las diferentes formas de la praxis enunciativa. Distingue tres de ellas: la forma personal (con referencia al sujeto, al *ego* y su cuerpo); la forma interpersonal (la relación con el otro); y la forma transpersonal (el uso colectivo). Y, para controlar la coincidencia permanente, en las enunciaciones concretas, entre estas tres formas, supone una variación de los grados de presencia, analizable en términos de variación de los “modos de existencia”. En Montaigne, la pregunta se plantea primero bajo la forma de un contraste paradójico: por un lado, un libro que se proclama autobiográfico, en cuanto a género, y bajo la forma de un contrato enunciativo explícitamente formulado por el autor; y por el otro, una realización

observable en la trama del texto, que apela en todo momento a la polifonía, a la cita, a la mención, al llamado al discurso colectivo, constitutivo de la experiencia común y de la cultura compartida. El examen atento de los pasajes consagrados a la enfermedad de la “piedra” (cálculos en el riñón) muestra que de hecho la categoría de la persona se toma en un doble movimiento tensivo: por un lado, la “inmersión del sujeto egológico” en la muchedumbre de usuarios de la lengua y de la cultura; por el otro, la “emergencia de una pluralidad de sujetos a partir del cuerpo que sufre”, los cuales dialogan y polemizan entre ellos (dimensión interpersonal), pero que, sin embargo, logran elevarse juntos al rango de la enunciación “transpersonal”, al de una “forma de vida” y al de una meta-semiótica que rebasa al individuo. Y estos dos movimientos son totalmente dependientes uno del otro, y al mismo tiempo coincidentes en la medida en que obedecen al principio de la variación tensiva y solidaria de los modos de existencia.

Luisa Ruiz Moreno se interesa esencialmente en el acto y en la fuerza que lo anima. Partiendo de la definición de la enunciación como el “presupuesto de los presupuestos”, poco a poco llega a considerar la “fuerza” de enunciación como primera, una “fuerza tímica” que, de nivel en nivel del recorrido generativo, se articula poco a poco, pasando por los diferentes modos de existencia. No obstante, el propósito de Luisa Ruiz Moreno es más específico, pues se aboca, por una parte, a “naturalizar” la enunciación, ubicándola por analogía en un paradigma que no es otro que el de las fuerzas orgánicas de auto-organización y de emergencia; y por el otro, a vaciar las nociones de subjetividad y de interioridad de sus presupuestos psicológicos: ya sea en el discurso ordinario o en el discurso del sufrimiento psicológico, las variaciones de postura enunciativa siempre son variaciones del “tempo”, modulaciones de la fuerza y de la forma aspectual de su expresión. Con este enfoque la autora se une a Umberto Eco cuando, en *Kant y el ornitorrinco*, evoca “algo que nos impulsa, que nos atrae, que se nos resiste”, y que es la

primera percepción de “algo que significa”. Para Ruiz Moreno, el sentido es una energía (una versión dinámica de la noción de “carga semántica”), y la enunciación manifiesta simultáneamente un suplemento de energía y una regulación aspectual y rítmica del “impulso”: habría, pues, por ello, enunciaciones propulsivas, retentivas, expulsivas, etc. La enunciación como energía y modulación de la fuerza del sentido: he aquí la condición de anclaje sensible de la enunciación.

Luiz Tatit plantea el problema de la emergencia de “mundos epifánicos” en el interior de “mundos cotidianos”, especialmente en el curso de un análisis de *Los márgenes de la alegría*, de Guimarães Rosa. Partiendo de las tesis de Greimas, en *De la imperfección*, y particularmente de las figuras de la “fractura” y de la “escapatoria”, también explora las relaciones de la enunciación y de la percepción, y las figuras del “campo de presencia” que les son comunes, pero centrándose en los grados de la “densidad de presencia”. La hipótesis que organiza su objetivo es la de la “coexistencia discursiva de universos de valores diferentes”, cuya coincidencia a todo lo largo del recorrido discursivo está regida por movimientos de esta densidad de presencia: algunos valores se potencializan, otros se actualizan y, finalmente, otros se realizan. Además, la epifanía de una “verdad extraordinaria” supone precisamente una modificación del grado de presencia de los actantes portadores de estos valores: el anti-sujeto se potencializa y un nuevo destinador se actualiza. Pero los dos tipos de “mundos” no son simétricos: el primero, el “mundo cotidiano”, es en donde funciona de manera canónica la sintaxis narrativa clásica, con sus sujetos y objetos disjuntos y conjuntos, y sus fases y valores discontinuos; el segundo, el “mundo epifánico”, está englobado en el primero, y muestra una fusión total entre el sujeto y el objeto, fusión que es a la vez “eterna”, en su principio, y efímera, en su realización. Aquí también, la experiencia sensible esquematiza: proporciona el esquema de los *modos de existencia semióticos*, que, por definición, son necesarios en el despliegue de la praxis enunciativa.

Luis Moros entabla una discusión teórica, ilustrada a todo lo largo de la argumentación por medio del caso de la pintura cubista, acerca del estatuto de la “materia” del significante en la semiosis estética, sobre su pertinencia, sus efectos y eficiencia emocionales. Este recorrido atraviesa la semiótica greimasiana (Greimas, Floch, Fontanille), la semiótica peirciana, la estética (Adorno) y la lingüística estructural (Saussure, Barthes y Hjelmslev). De ello resulta, como lo prueba la pintura cubista, que la materia retoma sus derechos, tiene acceso a la significación, y no solamente como “calidad” primera (Peirce) o en sistemas semi-simbólicos (Floch), sino como un operador enunciativo tensivo y patémico. Sin hacer referencia explícitamente a la relación entre lo sensible y la enunciación, Moros aborda, sin embargo, un punto particularmente importante, que es el de la coexistencia de los modos semióticos en el seno de las propias modalidades de expresión. El paralelismo recurrente que se establece entre la materia pictórica, por una parte, y el sonido y el timbre de la voz, por otra, es muy significativo: al mismo tiempo que la voz se articula en fonemas, en el caso de una semiosis verbal, también transmite toda las clases de dimensiones que van a generar otros tipos de significaciones, especialmente afectivas, pero también axiológicas y de asunción; de la misma manera, la materia pictórica puede articularse en formas, figuras e iconos, y no por ello permanece menos disponible para otros efectos concomitantes. Y un elemento de análisis nos conduce a los modos de existencia: los diversos modos de la semiosis siendo coincidentes, no pueden actualizarse juntos de la misma manera; funcionan, afirma Luis Moros, unos *in praesentia*, otros *in absentia*: los primeros actualizados, los otros potencializados.

Gianfranco Marrone se interesa en *La naranja mecánica*, y particularmente en el tratamiento al que es sometido el personaje principal, Alex, basado en la eficacia de la música para transformar la programación del cuerpo del actante; una eficacia que pasa por la sinestesia (puesto que la música se oye durante

la proyección de la película); pero la sinestesia es cuestionada por el predominio progresivo de la música, la cual termina por controlar el “campo semiótico” del actante, especialmente proporcionando los parámetros de orientación y de las operaciones típicas en la frontera corporal (penetración / expulsión). Asistimos, entonces, a la “toma de forma” de un campo sensorial-perceptivo que proporciona la estructura formal del campo de la enunciación, del marco espacio-temporal dinámico donde se produce la actualización enunciativa. Pero nos parece que el punto esencial de la demostración se sostiene en el hecho de que no solamente la sensación proporciona el marco esquemático del campo, sino la estructura del propio cuerpo, su cubierta y sus orificios, y los movimientos del interior hacia el exterior y viceversa; es la configuración que sirve de forma prototípica para el conjunto del “relato”. A partir de aquí, la enunciación musical transforma los recorridos de acción y de pasión del actor, por la mediación de una manipulación de la estructura corporal del actante.

Pierre Ouellet aborda de manera más específica, al igual que Denis Bertrand, la construcción de la categoría de la persona en el campo de presencia. Pero de la estructura de la persona también derivan la forma del campo espacio-temporal, los modos de la asunción, las maneras de ser en común, y, por etapas sucesivas, la dimensión ética y política del discurso. En los *Anges mineurs* de Antoine Volodine, Ouellet identifica un modo particularmente original de la praxis enunciativa. En lugar de partir de la hipótesis de una unicidad de la enunciación (con el riesgo de multiplicar y complicar la praxis colectiva), Ouellet postula previamente el carácter múltiple y difuso de la percepción y de la enunciación, y un principio general de “división sensible”; en esta perspectiva, regresa a la praxis enunciativa, y en particular a la de los discursos estéticos, la construcción de las formas de la persona a partir de esta multiplicidad difusa: monista o plural, totalitaria o colectiva, completa o incompleta, entre lo vacío, lo lleno y lo demasiado lleno, la categoría de la persona

y sus diversos avatares deconstruidos aparecen como productos de los actos de enunciación, y no como sus presupuestos. Algunas figuras de esta recomposición, todas vinculadas al *ethos* y a modalidades diferentes de lo político, aparecen: registros fragmentarios, nebulosas y enjambres, singularidades y grupos, agregados y masas, etc. Antoine Volodine escogió una solución descentrada: una persona de sobra, siempre excedente, que se inscribe en un espacio no localizado y en un tiempo no cronometrado. Con referencia a Benveniste, Ouellet relativiza considerablemente la concepción “ego-centrada” del aparato formal de la enunciación: el ego, centro del campo de presencia, aparece, desde la óptica de esta exploración, como un caso particular, un accidente fijado por la historia de un conjunto de comunidades lingüísticas y culturales, pero siempre susceptible de ser cuestionada por las prácticas enunciativas concretas.

La enunciación generalizada

Desde el punto de vista del método y de la teoría, se requeriría medir el camino recorrido en veinte años de investigaciones semióticas. A falta de poder consagrar todo el espacio necesario a ello, nos contentaremos aquí con sugerir la dirección.

En los años ochenta, la teoría de la enunciación, ya sea en semiótica o en lingüística, opone con insistencia la “enunciación enunciada” y la “enunciación presupuesta”; la primera se dice *observable* (en el texto) y *cognoscible* (en los límites de la epistemología de las ciencias del lenguaje); la segunda se dice *especulativa e incognoscible*: una condición “sensata”, cierto (observar un “producto” es admitir con sensatez una “producción”), pero cuyo estudio no depende ni de la lingüística ni de la semiótica.

La frontera entre los dos modos de existencia de la enunciación nos recuerda otra: la frontera entre la lengua y el habla, entre el sistema y el proceso. Precisamente es porque se rechaza el habla y el proceso que, por consecuencia, se tiene el derecho

de actuar a la inversa con la lengua (o que se ignore por postura epistemológica o dogmática), y que estemos obligados a imaginar una instancia de “mediación”, una instancia de “acto” que no pertenezca ni al primero, ni al segundo y que, por ello, quede inaccesible para el análisis lingüístico y semiótico.

Pero, paralelamente, otras voces se hacen oír: del lado de la teoría lingüística, las de G. Guillaume, por ejemplo, la de Bernard Pottier, pero sobre todo la de A. Culioli; de parte de la teoría semiótica, las de Jean-Claude Coquet, de Jacques Geninasca o de Louis Panier. Estas voces proclaman que esta distinción es un señuelo y que el análisis enunciativo no es una cuestión de “marcas” particulares, sino de puntos de vista de los sistemas lingüísticos y semióticos.

Si, en efecto, adoptamos frente al texto, frente a los datos analizables, el punto de vista del *proceso*, y no solamente el del sistema, el del *discurso*, y no solamente el de la lengua, el del *acto de realización*, y no solamente el del enunciado realizado, el de la *predicación y de su asunción*, y no solamente el de la estructura morfológica y semántica, entonces, el análisis enunciativo se generaliza, y con pleno derecho.

Aquí mismo, buscando fundar la enunciación en la percepción y el cuerpo sensible es como el análisis enunciativo se ampara en el conjunto de las propiedades del discurso, distribuye las posiciones actanciales, organiza el campo espacio-temporal, fija y estabiliza las figuras y los actores, modula las fuerzas y las aspectualiza, y suscita sistemas de valores múltiples y coincidentes, orienta, dirige, disemina, contrae, absorbe y expulsa...

La enunciación, *realización, acto, predicación, asunción*, es co-extensiva al texto entero, subtiende la construcción del discurso, y, en la perspectiva que se dibuja, la inscripción eventual de “marcas” específicas, localizadas en los segmentos de la enunciación enunciada, aparece, entonces, más como un artefacto engendrado por un método de análisis y sus presupuestos teóricos que como un simulacro del aparato formal de la enunciación: la enunciación aflora en el texto, cierto, en lugares donde

se reflexiona, se comenta y se refiere a sí misma, pero estos florecimientos son múltiples y diversos, y no pueden limitarse a algunos estereotipos morfológicos (praxemas fijados por el uso), retenidos por las lenguas, normalizados por las gramáticas y erigidos en principios intangibles por las filosofías del lenguaje.

Incluso estos fenómenos reflexivos donde se expresa la *dehiscencia enunciativa*, no pueden ser localizados y reducidos a segmentos de enunciación enunciada: a través de ellos, hoy reconocemos, gracias a un gran número de trabajos consagrados a la heterogeneidad textual, una de las propiedades generales del discurso: su estratificación, su espesor, su capacidad de acoger, administrar y multiplicar niveles, fuerzas y *mundos* coincidentes. A partir de esto, sólo la miopía de un método podría explicar en esta perspectiva la localización de la *enunciación enunciada* en algunos segmentos típicos del enunciado, ya que estos fenómenos participan del movimiento general de descubrimiento de las semióticas connotativas, de las meta-semióticas, de las transformaciones pasionales y de las operaciones en la dimensión retórica del discurso.

Jacques Fontanille y Luisa Ruiz Moreno